

GALO GARCÍA IDROVO, *EL FERROCARRIL MÁS DIFÍCIL DEL MUNDO*,
ALAUÍS-QUITO, INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA Y CULTURA POPULAR
“NUEVO ALAUÍS”/COMISIÓN NACIONAL PERMANENTE
DE CONMEMORACIONES CÍVICAS, 2008, 320 PP.

El ferrocarril más difícil del mundo cuenta la historia del Ferrocarril Trasandino según el testimonio oral de los habitantes de la cuenca del río Chanchán y su memoria reunida a cuentagotas en documentos, fotografías y telegramas casi todos rescatados una tarde por García y sus estudiantes del Colegio Nacional González Suárez de la garganta húmeda de una quebrada.

El libro es ante todo un relato, la historia del ferrocarril ecuatoriano contada por Homero Barragán (cuyo padre, Daniel Barragán, fue uno de los primeros maquinistas ecuatorianos, cuando el manejo de las locomotoras era cosa exclusiva de los operarios norteamericanos), quien logró conservar los planos del trazado férreo. Contrastando el testimonio de Barragán con la información documental y gráfica conservada en el Instituto de Investigación Histórica y Cultura Popular Nuevo Alausí, García organiza la historia del ferrocarril pieza por pieza en su difícil periplo rompiendo los Andes y despertando regiones.

Una breve descripción geográfica del Ecuador y la diversidad regional, topográfica, natural y cultural da inicio a la obra. Diversidad que redundó en las dificultades geográficas, políticas y financieras que enfrentó la política vial iniciada por García Moreno a inicios del siglo XX; abandonada o retomada a tramos por sus sucesores y concluida por Eloy Alfaro con la llegada del Trasandino a Quito. El trazo de la línea férrea varias veces repisado y corregido debido a la topografía y clima de las tierras entre el bajo litoral y los contrafuertes andinos.

Los capítulos primero, segundo y tercero cuentan detalles sobre los estudios desarrollados por el ingeniero Kelly sobre el trazado del ferrocarril, la decisión de seguir la ruta del río Chanchán, así como los primeros tramos construidos, aprovechados unos y abandonados otros por lo deleznable del terreno (con no pocos aluviones que borraron en minutos lo trabajado durante semanas o meses) o por la decisión de redefinir el dibujo vial para unir otras localidades.

El ferrocarril avanza, entre los capítulos cuarto y quinto, en medio de las tensiones políticas, los apretujones financieros que ocasiona la obra, la dinamización de las economías locales, la emergencia de nuevas poblaciones y el esfuerzo de trabajadores, mecánicos, constructores y jornaleros oriundos de las regiones de paso del tren o traídos desde muy lejos para responder a las inclemencia del clima y los ambientes malsanos. La línea en construcción es el escenario de encrucijadas culturales, étnicas e incluso lingüísticas y religiosas. Jornaleros indígenas, mestizos, montubios, negros y jamaíquinos; ingenieros norteamericanos y capataces italianos movilizados bajo la palabra clave del progreso nacional: el ferrocarril:

El trabajo era incesante en todos y cada uno de los campamentos. Cada quien deseaba terminar lo más pronto el tramo asignado. ...Antes que amaneciera, los jefes y trabajadores estaban en pie para servirse el desayuno... El movimiento sincronizado de picos, palas y lampones, iban dando vía para la ubicación de los durmientes construidos con encontraban a la vera del camino (p. 90).

Los capítulos sexto y séptimo cuentan el tránsito de la vía férrea hasta Quito. La vía deja una estela de poblaciones nuevas o regiones que encuentran un nombre bajo la tutela de la locomotora: Bucay, Sibambe, Huigra. El duro paso de la Nariz del Diablo, sorteado con ingenio por los ingenieros, anticipa la llegada a Alausí y, como si de una puerta se tratase, al enhebramiento de las ciudades serranas: Riobamba, Ambato, Salcedo, Latacunga... Quito.

El libro alude también a Eloy Alfaro y Archer Harman. A partir de correspondencia, telegramas y documentación de la *Guayaquil & Quito Railway Company*, se registran las subsecuentes batallas libradas por el presidente ecuatoriano y el responsable de la obra, por concluir la vía en medio de la zozobra política, la crisis económica y la oposición. García registra episodios inéditos de la visita del presidente Alfaro a Alausí y Guamote, durante la construcción de los tramos más difíciles.

En los capítulos finales (octavo, noveno y décimo), la obra dedica su atención a los preparativos en Quito ante la llegada del ferrocarril y la convulsión política de esos años, que terminó con la muerte trágica de Don Eloy. El periplo recorrido por los jefes del liberalismo radical, arrestados en Guayaquil y conducidos a Quito, llevaría al Viejo Luchador nuevamente a Alausí, esta vez con grillos y escoltado por el batallón Marañón hacia la capital, hacia su arrastre. Finalmente, la obra dedica su atención a la política ferrocarrilera posterior al régimen alfarista.

En cada episodio, García relaciona el paso del ferrocarril con aspectos de la historia local de la cuenca del río Chanchán. El poblamiento de Bucay, la erección de Huigra como parroquia, el desarrollo de Alausí y el proyecto

de erigir en aquella ciudad un monumento dedicado a Alfaro y Harman, gestores del Ferrocarril Trasandino.

El ferrocarril más difícil del mundo goza de buena escritura. Se deja leer. Sin embargo, una mejor organización de los temas abordados se extraña en esta obra que, intercalando el relato histórico con la anécdota y el recuento oral de ciertos episodios locales, los superpone de forma a veces arbitraria, lo que produce el efecto de estar, más que ante un texto de carácter histórico, frente a una monografía local. Un mejor tratamiento y orden de las fuentes que alimentan el libro resolvería este inconveniente, aspecto que no devalúa el estudio que constituye una manera inédita de contar el periplo azaroso de la modernización del Ecuador a inicios del XX de mano del tren y bajo el prisma de las localidades y gentes que asistieron a su tránsito.

En la historia del ferrocarril ecuatoriano quedan todavía algunos tramos en claroscuro. Una nutrida bibliografía multidisciplinaria de reciente aparición (que conjuga estudios de carácter histórico, testimonial, antropológico, periodístico y visual)¹ quiere adelantar varios trechos en la investigación sobre las huellas dejadas por el tren en la identidad nacional y en los imaginarios locales del país. Trabajos que, junto a *El ferrocarril más difícil del mundo*, muestran que su impronta está impresa no solo en miles de kilómetros de vía férrea, un abundante registro fotográfico (que adereza de vez en cuando publicaciones de ingenua pretensión histórica y pobladas de monótonas anécdotas de mal gusto) o en el legado arquitectónico de puentes, túneles y estaciones en su mayoría derruidas o confundidas entre casas de tapial y teja y abusivos edificios de bloque recién levantados. Su rastro indeleble en el imaginario de localidades como Alausí y otras patrias chicas remolcadas hacia el desarrollo y la modernidad por los vagones del tren, conectadas en un esfuerzo motivado no solo por dinamizar la economía y el intercambio de gentes y bienes, sino arraigado en la idea de conectar el territorio con la nación ecuatoriana y superar los contrastes geográficos y regionales, trazando un dibujo vial que conduzca hacia la integración.

Santiago Cabrera Hanna

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

1. Me refiero a los estudios de Franklin Cepeda Astudillo, "Riobamba y el ferrocarril. Nuevas dinámicas de intercambio regional en el primer cuarto del siglo XX", en *Procesos* No. 24, II segundo semestre 2006, pp. 165-195; María Pía Vera, edit., *El camino de hierro. Cien años de la llegada del ferrocarril a Quito*, Biblioteca Básica de Quito, No. 20, Quito, FONSA, 2008; Sonia Fernández, comp., *El ferrocarril de Alfaro. El sueño de la integración*, Quito, Taller de Estudios Históricos/Corporación Editora Nacional, 2008; Carl Dieter Gartelmann, *Nariz del diablo y monstruo negro. El ferrocarril más difícil del mundo*, Quito, Trama, 2008; y Jean-Paul Deler, *Ecuador, del espacio al Estado nacional*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador/Corporación Editora Nacional/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007, 2a. ed.

RAÚL HERNÁNDEZ ASENSIO, *EL MATEMÁTICO IMPACIENTE*.
LA CONDAMINE, LAS PIRÁMIDES DE QUITO Y LA CIENCIA ILUSTRADA,
1740-1751, LIMA, INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS/
UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR, 2009, 316 pp.

El siglo XVIII está plagado de controversias entre los científicos europeos, especialmente entre quienes defendían la influencia de Dios en la comprensión de los fenómenos planetarios y quienes lo negaban. Uno de los temas controversiales fue justamente la redondez de la Tierra, tema que había obsesionado al mundo científico por al menos una centuria; no obstante, la polémica se hace más compleja cuando se empieza a hablar de temas como la fuerza de gravedad y la rotación del planeta. Como consecuencia de tales debates, la Academia de Ciencias de París decidió enviar una misión de científicos franceses a la Audiencia de Quito con el propósito de medir el valor de un grado del arco meridiano, así como el valor de un grado de paralelo terrestre y, con ello, corroborar las hipótesis newtonianas que, deviniendo de Copérnico, defendían el achatamiento polar de nuestro planeta. Mantener la preeminencia era importante en una época en que la ciencia estaba en íntima relación con las altas clases sociales y los países pugnaban por ser los pioneros. Por ello Francia no escatima esfuerzos para hacer comprobaciones de campo en contraposición con los aspectos teóricos ampliamente manejados por los científicos. Las misiones geodésicas se convierten, por tanto, en verdaderos acontecimientos en la década y quien logre resolver definitivamente la controversia sobre la forma del planeta daría un paso consagrador no solo para su propio prestigio sino también para la Academia y el país auspiciante. Como queda dicho, Francia tomó la posta, sin embargo, al momento de escoger a sus tres científicos que habrían de llegar a América y realizar la delicada labor recrudecieron nuevamente las viejas controversias y disputas que mantenía desde hace mucho tiempo atrás. Sin embargo, y más allá de la popularidad y los aportes científicos de los miembros, la Academia se decantó por Louis Godín (jefe de la expedición), Pierre Bouguer y Carlos María la Condamine. Mas, cuando en 1734 llegó a Madrid la respectiva petición por parte de la Academia, en la corte española cundió la incertidumbre y las sospechas, sobre todo en una época en que las relaciones entre los dos estados no eran del todo buenas. No obstante, para España se presenta una oportunidad de oro para codearse con el país que más despuntaba en el mundo de las ciencias. A esto se debe que la presencia de los jóvenes marinos Jorge Juan y Antonio de Ulloa responda, más bien, a una concesión que hiciera la Academia en pago a las

facilidades que le ofreciera la corte española para la realización de dichos estudios en suelo americano, antes que a sus méritos científicos. La misión quedó conformada definitivamente con trece miembros, pues, a más de los tres científicos franceses y los dos marinos españoles, se sumaron Joseph de Jussieu, encargado de analizar la flora andina con miras a un posible aprovechamiento científico y comercial, el relojero Hugot y el ingeniero Morainville; el cirujano Sérniergues y los dibujantes Verguin y Couplet y cuatro criados más.

En 1736, cuando la misión científica llega a Quito, dan comienzo las insubordinaciones de La Condamine y Buguer frente a la tenue voz de mando de Godin. Y bajo esa tónica habrán de seguir durante toda su periplo. Más allá del impacto cultural que implica llegar a un mundo totalmente diferente, a los académicos también les toca vivir en Quito una serie de revueltas, alzamientos y conflictos motivados por una creciente animadversión de los quiteños frente a los europeos. Ellos mismos son causa de múltiples recelos e incluso de choques con las autoridades coloniales. En este orden de cosas comienzan los trabajos con no pocos celos de unos frente a otros, contingencias y demás problemas que la misión debe afrontar incluyendo el más acuciante: el económico. Raúl Hernández Asensio es muy exhaustivo al momento de dar cuenta de tales acontecimientos.

Las disputas se ahondan a la hora de usar los enormes y pesados instrumentos, cada medición se hace por separado y cuando uno pierde sus anotaciones por algún accidente, deciden repetir las mismas antes que cederlas. Godin es realmente incapaz de controlar a sus compañeros e imprimir un sentido de misión compartida. Pese a todo, entre 1738 y 1740 se realizan las triangulaciones trigonométricas entre Quito y Cuenca. Los fondos económicos de la Academia llega a cuentagotas y Godin se ve impotente de financiar la misión. La Condamine, sin embargo, es el más aventajado frente a las contingencias, pues gracias a su don de gentes y a su carácter emprendedor le es posible enrolarse con las clases pudientes de la Audiencia, con comerciantes e incluso con un sector de la Compañía de Jesús, llegar a manejar algunos caudales y convertirse en benefactor económico de sus compañeros a través de un continuo endeudamiento. Al finalizar la misión, La Condamine es el científico que propicia la construcción de las pirámides en Yaruquí como un anhelo de dejar huella de los trabajos por él realizados; no obstante, tiene que enfrentar la negligencia de las autoridades locales y hasta de sus mismos compañeros de expedición. Negligencia que se advierte hasta en la misma Iglesia, en la que aparecen fuerzas centrífugas que apoyan los motines populares circunstancia que, por cierto, estará presente hasta la época de la Independencia. Todos los miembros de la misión regresan a Europa tras nueve largos años de ausencia corriendo suertes distintas. La Condamine lo

hace además con la desilusión de no dejar concluida la obra, no así sus continuos ataques a los españoles que, según él, lejos de acercar a los indígenas americanos a la civilización han tenido un efecto contrario.

Como corolario, Asensio examina un par de manuscritos que, celosamente conservados en la Biblioteca Nacional de Madrid y que aparentemente fueron de propiedad de Godin, dan cuenta de los inconvenientes que se produjeron entre los miembros de la misión. El primero, de 105 páginas, de posible autoría de Ulloa y que el autor lo denomina la “Respuesta”, reivindica la participación española en las operaciones de medición y trata de demostrar que la ciencia española sí había desarrollado mecanismos institucionales e intelectuales necesarios para participar de las mediciones en contraposición a lo que La Condamine aseguraba. El segundo, con aproximadamente 240 páginas, tampoco tiene firma y se lo acredita al mismo Godin, manuscrito que resalta el protagonismo de este científico en las mediciones, su papel en los conflictos y mucho más furibundo en cuanto atacar la figura de La Condamine, circunstancia que le ocasionó cierta baja en su popularidad.

Asensio concluye, sin embargo, con una apología a La Condamine, científico que luego de hacer otros estudios diferentes a las mediciones se reivindicó definitivamente ante la faz pública francesa de mediados del siglo XVIII luego de ser admitido en la Academia Francesa de Letras, culminando así su vida con aquello que tanto había anhelado: ser reconocido como científico y como hombre de letras. Y aunque los dos manuscritos mencionados anteriormente desnuden el fracaso de la misión, para la posteridad quedará, sin embargo, el gran cúmulo de escritos de La Condamine en los que pondera el éxito de la misma y que, pese a todo, habrá de servir de modelo para futuras expediciones, incluso para el mismo Humboldt que viaja a Quito en 1802. Escritos que, por cierto, fueron cuestionados por los estudiosos locales (ecuatorianos) y que solo a comienzos del siglo XIX habrían de ser tomados en cuenta de forma irrefutable.

Rex Tipton Sosa

SONIA FERNÁNDEZ RUEDA, COMP., ***EL FERROCARRIL DE ALFARO.***

EL SUEÑO DE LA INTEGRACIÓN, QUITO, TALLER DE ESTUDIOS

HISTÓRICOS/CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL,

COLECCIÓN TEMAS, NO. 13, 2008, 290 PP.

La aparición de este libro coincide con el centenario de la llegada del ferrocarril trasandino a Quito, en 1908, evento que señala el derrotero del liberalismo ecuatoriano en el poder, en términos de “soldar la nación”

—como dice Jean-Paul Deler— y posibilitar la articulación de un espacio nacional que trascienda los circuitos regionales.

Dividido en tres partes, este volumen se enfoca en el legado más visible de la Revolución Liberal e incorpora estudios sobre aspectos estructurales, como la sociedad, la economía y la cultura ecuatorianas en tiempos de Eloy Alfaro, así como visiones generales de su proyecto político. También hay oportunidad para abordar cuestiones puntuales sobre la historia del Ferrocarril del Sur.

El libro se inicia con una introducción de Sonia Fernández Rueda que explica la razón de ser de esta publicación, que dialoga con otros estudios recientes sobre el ferrocarril ecuatoriano, entre los que destaca *La obra redentora*, de Kim Clark. Tres textos abren la primera parte y funcionan como un marco general donde se incluye una especie de balance sobre la Revolución Liberal, una semblanza sobre el “Viejo Luchador” y el análisis de un documento sobre las circunstancias de su muerte. En el primero de ellos, Enrique Ayala Mora repasa el contexto sociopolítico, incluyendo a los diferentes actores del proceso, sus aspectos programáticos y principales logros del liberalismo radical, relacionados con el establecimiento del laicismo y el proceso de secularización de la cultura. Ayala sostiene que el principal mérito de la Revolución Liberal consistió en haber modificado las relaciones de poder, “pese a no haber transformado sustancialmente la estructura económica del Ecuador”. Jorge Núñez Sánchez elabora un sucinto cuadro biográfico de Alfaro, centrándose en su faceta de revolucionario y estadista, cuya acción política estuvo orientada a crear un Estado laico y nacionalista. Santiago Cabrera Hanna comenta el documento titulado “Sucesos recientes que pueden interesar al porvenir. Año de 1912”, escrito por Cristóbal de Gangotena y Jijón, uno de los más conspicuos representantes del conservadurismo ecuatoriano. Este manuscrito permite conocer la versión de la línea “dura” del Partido Conservador acerca del asesinato de Eloy Alfaro y sus compañeros, el 28 de enero de 1912.

La segunda parte está destinada a entender las condiciones sociales, económicas y culturales de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, en un país que demandaba cambios. Juan J. Paz y Miño Cepeda realiza una atinada síntesis sobre la economía y la sociedad de la época de auge cacaotero (1880-1920), lo que posibilitó el ascenso de la burguesía, la creciente participación de las clases medias y el nacimiento de la organización popular, con la creación de asociaciones mutuales y núcleos obreros que recibieron apoyo de los regímenes alfaristas. César Albornoz destaca la figura política de José Peralta, uno de los principales ideólogos de la Revolución Liberal, cuyo discurso, en los últimos años de su vida, devino próximo al socialismo. El tono casi apologetico del artículo modifica, en algo, la línea analítica y crítica del

libro; sin embargo, es importante la inclusión de Peralta y otros autores del proyecto ideológico radical. Martha Moscoso elabora una destacada visión de conjunto sobre la familia liberal en la época de Alfaro, señalando que, pese a los cambios sociales que impulsó la revolución, sumado al predominio de la idea del progreso, no fue alterado el sistema tradicional de roles que entendía a la familia como el receptáculo de las diferencias “naturalizadas”, entre hombres y mujeres. La mujer continuó siendo el “ángel del hogar”, sumisa y destinada a las labores domésticas, frente a la imagen del hombre protector. No obstante –apunta Moscoso– el cambio más notorio se produjo en la esfera de los valores del laicismo, especialmente el patriotismo o “amor a la patria”, que fue adoptado por los sectores conservadores, incluida la Iglesia, como correlato del amor cristiano. Ana María Goetschel escribe un ensayo sobre la educación de las mujeres en el período liberal, enfocándolo desde el rol social de los agentes, en este caso, maestras de escuelas fiscales que pugnarón por abrirse espacio en la esfera pública. Una de esas brillantes intelectuales que lucharon por el reconocimiento de los derechos de las mujeres fue Zoila Ugarte de Landívar, cuyo legado es repasado por Alexandra Sevilla, quien la reconoce como “mujer transgresora”, en permanente conflicto con los mecanismos de control de la sociedad patriarcal.

Siete artículos sobre diversos temas relacionados con el ferrocarril trasandino cierran el volumen, junto a una detallada cronología y la incorporación de documentos que incluyen discursos, crónicas y poemas sobre la llegada del ferrocarril a la estación de Chimbacalle, el 25 de junio de 1908. Juan Fernando Regalado explora los vínculos humanos y económicos que se generaron, y destaca la articulación social entre Costa y Sierra, como parte de una ambiciosa política de integración nacional proyectada por Alfaro. Galo García Idrovo explica por qué los hermanos Harman escogieron la cuenca del río Chanchán, y no la del Chimbo, para conectarse con las poblaciones serranas. En el texto se recuerda la presencia de los trabajadores jamaquinos y mano de obra indígena que, en condiciones poco favorables, lograron salvar la enmarañada geografía andina. Lucía Moscoso hace referencia a las ceremonias que se efectuaron el día del arribo del tren a Quito y el aparato simbólico construido en torno al progreso. John F. Uggen describe las actividades del empresario estadounidense Archer Harman en el Ecuador, accionista principal del Ferrocarril del Sur y acaso su más decidido promotor. Uggen refiere que el propio Eloy Alfaro, en su *Historia del ferrocarril*, afirmó que “sin el auxilio personal de don Archer Harman, jamás habría podido realizar la Obra del Ferrocarril Trasandino del Ecuador, como al fin se realizó, venciendo dificultades casi increíbles”. Franklin Cepeda Astudillo examina el papel que jugó la prensa en Riobamba, entre 1900 y 1925, a propósito del paso del ferrocarril por esta ciudad de los Andes, inter-

media entre Quito y Guayaquil. Cepeda sugiere que la “causa ferroviaria” posibilitó el ejercicio de un periodismo ligado a las demandas políticas, sociales y económicas locales. Alex Schlenker selecciona y comenta un grupo de fotografías relacionadas con el ferrocarril ecuatoriano. Éstas proceden del Archivo Histórico del Banco Central y plasman eventos acaecidos entre 1905 y 1935. Independientemente de la densidad estética de las imágenes, no existe un eje articulador que consolide el conjunto. Lucía Chiriboga, del Taller Visual, cierra la obra con el análisis de las fotografías de Horgan Photo, firma de un autor prácticamente desconocido, John Horgan Jr., fotógrafo de Birmingham, Alabama (EE.UU.), quien hacia 1901 registró el camino de la línea férrea, así como su paisaje humano y natural, y obtuvo imágenes de gran calidad.

El ferrocarril de Alfaro. El sueño de la integración es un relato de múltiples voces, sobre distintas visiones de la etapa liberal alfarista, que se centra en el impacto que produjo la construcción del ferrocarril trasandino para las generaciones venideras. Su presencia en el imaginario social contribuyó, como símbolo de unidad nacional, a afianzar nexos interregionales, dinamizar núcleos urbanos y percibir la pujante marcha de la modernidad.

Ángel Emilio Hidalgo

JAIRO GUTIÉRREZ RAMOS, ***LOS INDIOS DE PASTO CONTRA LA REPÚBLICA (1809-1824)***, BOGOTÁ, INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA, 2007, 276 PP.

Por mucho tiempo, los pastusos han sido objeto de todo tipo de burlas y chistes en Colombia. Quizá los demás colombianos piensan que aquel pueblo, integrado en su mayoría por indios, es el prototipo de la ingenuidad, una de cuyas expresiones fue su actuación en el proceso de la Independencia, en el cual fueron férreos partidarios del Rey y de las instituciones heredadas de la Colonia. Por su comportamiento anti-ilustrado, anti-republicano y anti-liberal se considera que, sin duda, este se explica por su sumisión al clero y a las autoridades regias. Más aún, para cualquier colombiano resulta inadmisibles e incomprensibles la actitud de los pastusos, que se negaron por varios años a plegarse a las leyes y la Constitución colombiana de 1821, consideradas como una conquista de la razón y de las justas armas de los “libertadores”.

Frente a este tipo de prejuicios sustentados en el desconocimiento de la historia de un pueblo cuya cultura resulta extraña para nuestra racionalidad, el libro del profesor Jairo Gutiérrez es una dosis necesaria de crítica y comprensión histórica para no olvidar que, así como existen rupturas políticas

que explican el nacimiento de nuestras repúblicas, subsisten estructuras profundas –geográficas, sociales y culturales– cuyas duraciones se remontan algunos siglos atrás. Por este motivo, para entender la actitud de los pastusos en la Independencia, el autor no se conforma con estudiarlos en la coyuntura de comienzos del siglo XIX, sino que estudia la historia de la sociedad pastusa desde los primeros registros de los cronistas españoles, más aún desde la dominación inca.

Con los riesgos que esto implica, se busca en aquellos procesos anteriores a la conquista las estructuras sociales y las instituciones culturales que permitan comprender la manera como se adaptó aquel pueblo a un territorio con unas características geográficas donde se practica lo que denomina “microverticalidad” –un tanto diferente de los “archipiélagos verticales” de John Murra–, ya que los mecanismos de intercambio y reciprocidad entre los diferentes *ayllus* o *llactakunas* se complementaban con el trueque agenciado por los *mindalae*, comerciantes que trashumaban entre los señoríos quiteños. De tal manera que el territorio de Pasto es definido en los tiempos incaicos como la frontera septentrional del Tahuantisuyu, sobre los Andes de páramo.

Con la conquista española, aquel sistema económico y de relaciones sociales fue drásticamente alterado por otro, resultado de un proceso violento de dominación y apropiación, mediante el cual se intentó garantizar la supervivencia de la población aborigen y la acumulación de riquezas por parte de los españoles. Las nuevas instituciones que rigieron la vida de aquella comunidad fueron la encomienda, la mita y el tributo. Y como socios e intermediarios fueron reclutados los jefes étnicos o *kurakas*. Dichas instituciones dislocaron las normas andinas de convivencia social y producción económica, lo que significó una fuerte crisis en las comunidades nativas. No obstante, los conquistadores debieron tolerar y convivir con múltiples supervivencias culturales andinas y con dos estructuras de larga duración: el paisaje y las modalidades de adaptación social al medio andino.

Pero, al mismo tiempo que hubo permanencias, las medidas tomadas por las autoridades del virreinato del Perú significaron modificaciones sustanciales en las relaciones entre las comunidades y sus autoridades, y produjeron la debacle demográfica, social y religiosa. En medio de las pretensiones de los conquistadores por desconocer la soberanía de la Corona española sobre sus colonias americanas, en 1568 se creó la denominada Junta Magna, mediante la cual Felipe II intentaba prestar mayor atención a sus posesiones indianas. De esta surgió la política de reducción de los indios a pueblos para hacer de los nativos vasallos útiles, reuniéndolos en centros urbanos donde vivieran “en policía” y “a son de campana”, es decir, bajo el control directo de los clérigos y de las instituciones municipales, garantizan-

do así su cristianización y civilización. Aquella política tuvo como uno de sus mayores impulsores al virrey Francisco de Toledo (1569-1581) y entre sus ideólogos a Pedro Sarmiento de Gamboa, al obispo García de Toledo y al oidor de Charcas Juan de Matienzo.

Dichas reformas chocaron con diferentes formas de resistencia indígena, las cuales iban desde las habituales medidas cotidianas como la desidia y el desgano en la ejecución de las obras encomendadas, pasando por el escamoteo y sabotaje de los instrumentos y los ritmos de producción, hasta el abandono del lugar de habitación o trabajo, o la rebelión abierta. En esta última modalidad de resistencia se analizan el movimiento neoinca de Manco Inca y el milenarista de Taky Onqoy. De nuevo la reacción de las autoridades virreinales consistió en la represión ideológica contemplada en las *reformas toledanas* y la política de *extirpación de las idolatrías*, cuyos efectos se prolongaron hasta fines de la época colonial. El resultado fue la reestructuración de las comunidades tradicionales en *reducciones* o *pueblos de indios*, mediante los cuales se legitimó el despojo y la aculturación de los pobladores originarios. Esta forma de poblamiento y administración facilitó al Estado colonial y a los colonos españoles la extorsión de la energía laboral y los excedentes generados por las comunidades, así como su control político e ideológico.

A comienzos del siglo XVIII, cuando las comunidades andinas estaban empezando a adaptarse al sistema de dominación colonial de los Habsburgo, luego de una grave crisis política acaecida en Europa por la Guerra de Sucesión entre los pretendientes a la Corona española, llegó al trono el aspirante francés Felipe de Anjou, coronado con el título de Felipe V. La nueva dinastía diseñó una serie de políticas encaminadas a incrementar las rentas producidas por las colonias españolas, lo que requería revisar todas las políticas y prácticas económicas, administrativas, educativas y culturales aplicadas hasta entonces. Una de las ideas rectoras de aquellas reformas incluía la propuesta de que el Estado debía “integrar” al indio a la sociedad hispánica y al mercado, con el propósito de hacerlo un vasallo más productivo, rompiendo con la segmentación y segregación social imperante.

Estas medidas desataron una larga y violenta reacción de las comunidades andinas, que se manifestó a través de motines, asonadas, sublevaciones y rebeliones, dando lugar a lo que algunos autores han llamado la “Era de la Insurrección Andina”. Estas rebeliones estuvieron motivadas, en unos casos, por los abusos de los corregidores en los repartos forzosos, la defensa de los resguardos, el cobro del tributo y la asignación de las mitas. En los casos de Quito y Pasto los indios se sublevaron contra los intentos de establecer estancos y aduanas, y por el aumento en el recaudo de tributos y alcabalas. En la provincia de Pasto, adscrita a la jurisdicción de la Audiencia de

Quito, temiendo la reacción violenta de los indios, al corregidor le fue imposible realizar su empadronamiento, motivo por el cual debió hacerlo con base en los padrones parroquiales. En 1781, un intento de establecer el estanco de aguardiente en Pasto resultó en un motín que cobró con la muerte del funcionario enviado para tal fin, cuyo cadáver fue molido a garrotazos por los amotinados. De nuevo en 1800 se presentó un nuevo motín, en los pueblos de Túquerres, Guaitarilla y Sapuyes, en la provincia de los Pastos, con motivo de la ampliación del cobro de diezmos a productos que estaban exentos del tributo.

De esta manera pueden resumirse las tres cuartas partes de este libro que sigue la máxima de Charles Tilly, quien propone dedicar mucho más espacio e interés a los “antecedentes” y al “contexto” que a la descripción de los acontecimientos militares y políticos. Porque, valga decir, esta obra tiene como modelos teóricos e historiográficos a la más moderna historia social y la sociología histórica, representada en autores clásicos como Marx o Weber y modernos como Norbert Elías, Barrington Moore, Theda Skocpol, y americanistas connotados como Steve Stern, Heraclio Bonilla, Brian Hamnett, Eric Van Young y Eric Wolf, entre otros. Será con base en el contexto histórico antes descrito y con el modelo analítico de dichos autores que el autor sustenta su hipótesis de trabajo, la cual resume de la siguiente manera:

Los indios de Pasto se enfrentaron a los ejércitos republicanos en defensa de un modo de vida al que debieron adaptarse con enormes dificultades y sacrificios a lo largo del período colonial, pero que había demostrado que podía garantizar los mecanismos adecuados para la producción y reproducción material y simbólica de cada grupo, y que el nuevo orden republicano amenazaba destruir: las “comunidades campesinas corporativas y cerradas” que eran los *pueblos de indios* (p. 32).

En este orden de ideas, la propuesta republicana de construir una *nación de ciudadanos* iguales entre sí atentaba contra una organización social y política producto de un difícil proceso de adaptación al sistema colonial impuesto por los españoles, en el cual la figura del rey por lo menos representaba un padre protector y recurso final ante los agravios que todos se sentían con derecho de irrogar a los indios. Instituciones como los resguardos, los cabildos menores, los conventos, cofradías y cajas de comunidad, garantizaban el arraigo y la obtención de medios de subsistencia para las comunidades, participación en el manejo del poder local y mecanismos de solidaridad y redistribución. Aquella comunidad “real” se vio amenazada por la “comunidad imaginada” de la república grancolombiana, motivando el rechazo frontal de la población indígena pastusa, que intentó con obstinación restaurar el régimen colonial.

Lo cierto es que, después de la capitulación del ejército español ante Bolívar en 1822, aquellas comunidades actuaron por su propia cuenta, mostrando autonomía frente a las élites pastusas y el clero, organizaron sus propios cuerpos armados y emprendieron una serie de sublevaciones contra el proyecto republicano. Comandados por sus caciques y otros líderes comunales, se tomaron en varias ocasiones la ciudad de Pasto, ocasionaron cientos de bajas al ejército colombiano y obligaron a Bolívar a tomar por su propia cuenta la represión de la revuelta encabezada por Agustín Agualongo y Estanislao Merchancano, quienes fueron aplastados en Ibarra por el ejército colombiano. Allí murieron cerca de 800 pastusos, pero no así la obstinación de este pueblo por resistir a la imposición de las instituciones republicanas, motivo por el cual las rebeliones continuaron hasta 1824 y a pesar de sus derrotas militares, obtuvo triunfos políticos, como la lenta aplicación del paquete normativo liberal y la pervivencia de muchas de las instituciones propias de aquellas comunidades corporativas de campesinos.

Como puede apreciarse, la obra del profesor Gutiérrez es una aproximación a una historia “desde abajo”, ya que su lectura crítica de las escasas fuentes disponibles le permite acercarse, aunque a través de ocasionales testimonios externos, al universo de las intenciones, ideas y motivaciones profundas de aquel pueblo para resistir al republicanismo. Es, además, una historia valiente que se atreve a pensar la Independencia libre de los prejuicios patrióticos o nacionalistas, y aun a contrapelo de discursos liberales y neoilustrados, las razones intrínsecas de las culturas aborígenes para resistir ante los embates de los estados nacionales por imponer su igualdad formal, su lengua única, su sistema educativo y su forma de organización social y política, al servicio de los sectores dominantes.

Rodrigo de Jesús García
Universidad de Antioquia

